

que las ideas de Pitágoras acerca de un orden inmutable y de una eterna armonía de la vida y de la ley, que solo debían emanar de la mas alta sabiduría y ser conservados por ella, así como las que profesaba acerca de la completa obediencia debida por los ciudadanos á tales leyes, por un lado se agitaban dentro de una esfera estrictamente aristocrática, y por otro hallasen eco en la nobleza de Crotona. La influencia de la filosofía pitagórica debía producir mal resultado para las oposiciones de Crotona, y para las de todos los puntos en que aquella fuese admitida. El fundamento filosófico de la soberanía aristocrática debió agriar, y hacer mas profunda y de menos fácil resolución la enemistad que entre aquella y el demos existía. No podía hacerse esperar mucho la época en que, por un lado la aristocracia, formada segun el fundamento de la filosofía pitagórica, tuviese la pretension,



Istmo de Corinto

examen, obtenían ciertas órdenes, imponiéndoles un régimen de vida especial. En una esfera mas extensa de sus partidarios, como admiradores de sus teorías éticas y políticas, contábase en Crotona, lo mismo que en Caulonia, Metaponto, Tarento y otros puntos, los hombres mas ilustres del Estado. Como los hermanos de aquella especie de orden monástica pertenecían á las familias mas nobles, y los sectarios de Pitágoras fuera de aquella hermandad se habían coligado estrechamente, su escuela, bajo el punto de vista político, revistió el carácter y la fuerza de una *hetería*, es decir, de un club.

La influencia política de Pitágoras ocasionó despues una terrible guerra con Sibaris: el príncipe Telys se sintió lastimado en su dignidad, al ver que la nobleza de Crotona destrerraba á uno de sus compañeros de raza, á su yerno el olímpico Filipo. Inmediatamente amenazó el tirano á los crotoniatas con la guerra, si no arrojaban de la ciudad á sus enemigos, los fugitivos sibiritas, y no los ponían á su disposición. Cuando la nobleza crotoniata, que apenas podía poner en pié de guerra la tercera parte del ejército que Telys tenía á su disposición, vaciló acerca de la resolución que debía adoptar, el filósofo samio optó por recoger el guante que les arrojara el príncipe sibirita. Rompiéronse las hostilidades en el año 510, librándose junto á las aguas del Tracis (hoy Trionto) una sangrienta batalla. El deshonor de los griegos dió mas tarde origen á cierta anécdota, segun la cual

en otro sentido que los eupátridas de la madre patria helénica, de querer representar una soberanía de los *mejores en moralidad* y de ocupar la posición intelectual mas elevada, y en que, por otro, tan orgullosa pretension exasperase de un modo fanático al demos. El Estado de los crotoniatas no evitó esta dolorosa experiencia.

Pitágoras no quiso presentarse inmediatamente como reformador político del régimen que predominaba en Crotona; pero la gran aceptación que sus teorías políticas y éticas encontraron entre la nobleza de la ciudad, le dió gran influencia así en la política interior como en la exterior de los crotoniatas. Por lo demás pocos eran los partidarios que Pitágoras había iniciado en su sistema completo; los elegidos, en número de 300, formaban una confederación ó especie de orden monástica, cuyos miembros, despues de un riguroso

la música guerrera de los caballeros de Crotona introdujo el desorden entre la caballería enemiga, impidiendo sus melodías que pudiesen permanecer sus caballos en ordenada formación. Pero, en realidad, lo que ocasionó la derrota de los sibiritas fué la mejor organización del ejército de Crotona, y el talento del audaz Milon. Los vencedores no hicieron prisionero alguno sino que pasaron sin piedad á cuchillo á todos los vencidos; al llegar á Sibaris supieron que sus habitantes habían asesinado á Telys y á sus partidarios; mas á pesar de ello fué la ciudad sitiada y tomada á los setenta días, huyendo la mayor parte de sus habitantes á las colonias de la Baja Italia. Los crotoniatas abusaron inicua mente de su victoria, arrasando completamente la ciudad.

VIII.—CAIDA DE LOS PITAGÓRICOS

Esta infamia produjo malos resultados para Crotona; pues no solo los caballeros crotoniatas carecían de fuerza para conservar su dominación sobre las tribus enotrias, sino que la victoria conseguida fué causa de destructoras conmociones interiores. El demos, es decir, la masa de ciudadanos y campesinos que se habían alzado valerosamente en armas contra Sibaris, empezaron á mirar con malos ojos á los pitagóricos. En un principio les imponía la gravedad moral y la hermandad de la especie de orden monástica; pronto, sin em-

bargo, se vió con indignación la aspereza, robustecida de un modo temible, de la vida aristocrática, y el aire de desconfianza de las masas se manifestó contra la existencia misteriosa de los hermanos de la orden, de los cuales se temía que quisiesen introducir modificaciones aun en las creencias religiosas. Pronto encontró el demos su jefe en un hombre distinguido, llamado Cilon, que no habiendo sido admitido en la orden, sentía un profundo odio hacia Pitágoras y envidiaba su decisiva influencia. Cuando el consejo de los mil rechazó la proposición presentada para introducir en la constitución ciertas modificaciones en sentido democrático, y para que se repartiese el antiguo territorio de Sibaris, considerado por el consejo como dominio del Estado, estalló en 508 ó 504 una sedición imponente, que consiguió por medio de la fuerza las modificaciones antes pedidas y negadas, desterró al jefe de la nobleza y asesinó á un gran número de pitagóricos. La ruda persecución á los partidarios de Pitágoras se extendió también por muchos pueblos de la Baja Italia, viéndose obligado á huir el mismo filósofo samio, que murió en Metaponto en el año 500, ó mejor en 497. En Crotona restablecióse luego la soberanía de la aristocracia, despues de una reacción por parte de la nobleza, hasta que un tal Clinias la destruyó de nuevo, planteando en su lugar la tiranía. Finalmente, á consecuencia de estos motines interiores, vieron los aqueos de tal modo agotadas sus fuerzas, que no tuvieron mas remedio que acudir á sus hermanos de raza del Peloponeso, quienes entonces (antes de la expedición de Jerjes á Grecia) renovaron la alianza con los aqueos italiotas é introdujeron su propia democracia en las ciudades afines de la Magna Grecia. El antiguo esplendor y la unión de estas ciudades contra las razas italianas, que recibieron un peligroso aumento con los sabelios empujados hacia el Sur, fueron para siempre perdidos. La heredera de la prosperidad aquea fué la ciudad de Tarento, en donde había encontrado nuevo asilo la filosofía de Pitágoras.

IX.—EXPEDICION DE DARÍO I Á ESCITIA

La insensata destrucción de Sibaris fué profundamente sentida en la capital jónica, Mileto, que, desde muy antiguo, se había aliado estrechamente con la metrópoli italiota. Nadie presentía en ella que una catástrofe análoga debía conmovérsele muy pronto á la perla del territorio jónico. Comprendióse perfectamente en toda la costa griega del reino persa, que el célebre hombre, que con el tiempo se ciñó la *adaris* ó sea la corona de los Aqueménides, no se contentaría con la dominación de la Grecia asiática, que apenas constituía la tercera parte del mundo griego. Darío I, que desde 521 se llamaba gran rey del reino persa, había logrado dominar, despues de sostener por espacio de muchos años luchas interiores, los motines que contra su soberanía se habían alzado en el territorio que se extiende entre Hindmend, el Oxo y el Eufrates, pudiendo, por fin, en 517 llamarse señor del gran reino. Al poco tiempo debió emprender una gran expedición guerrera para ensanchar, como consecuencia de varias victorias conseguidas, los límites de sus dominios, y conciliar los elementos resentidos con la nueva soberanía. La nueva guerra fué dirigida contra los pueblos escitas, salvajes del Norte del delta del Danubio y del mar Negro. Las tropas persas que habían conquistado á Samos, se vieron obligadas á apoderarse de las ciudades griegas del Occidente del Helesponto y de la Propóntide y del Bósforo, no molestadas hasta entonces por ellos, á fin de asegurar al ejército del gran rey el paso por mar hacia los límites que separaban el Asia de Europa.

Milciades, príncipe del Quersoneso tracio, y las ciudades de

Perinto, Selimbria y Bizancio prestaron juramento de fidelidad á Darío, quien reunió en el Noroeste del Asia Menor un ejército de 700,000 hombres, mientras los griegos persas equipaban 600 buques, y el arquitecto Mandrocles construía en el Bósforo un puente de barcas. Cuando en 513 el rey de los persas condujo su imponente ejército al través de la Tracia y hacia el bajo Danubio, la escuadra griega debía remontar la corriente del mismo hasta el punto en que las aguas comenzaban á formar el delta, en donde construyeron los griegos un puente de barcas para los persas, cuya vigilancia, durante la lucha en las llanuras septentrionales, encomendó Darío á los príncipes de las ciudades griegas. Conocida es la expedición de Darío contra los escitas. Cuando se vió obligado á retirarse hacia el Danubio, procuraron los escitas determinar al príncipe griego á que rompiese el puente de barcas y abandonase al gran rey á su destino. Solo el ateniense Milciades se atrevió á persuadir á sus conciudadanos de que por este medio sacudiesen el yugo de los persas; pero prevaleció en el ánimo de los caudillos el consejo del príncipe de Mileto, Histieo, y del de Lesbos, Coes, que aconsejaron á los griegos se mantuviesen fieles á los persas, á cuyo poderío estaba inseparablemente ligada la existencia de las tiranías de las ciudades helénicas del Asia Menor. Por tanto fué rechazado el plan de Milciades; la escuadra y las tripulaciones, que probablemente estaban muy excitadas, se unieron fuertemente, y Darío se vió por fin salvado.

Pero no había terminado por esta vez la guerra. Al saberse el desastre que había sufrido Darío en el país de los escitas estalló repentinamente una sublevación á ambos lados de las aguas que se extienden entre el mar Negro y el mar Egeo, en los territorios que ocupaban los colonos griegos en la línea que conduce desde Bizancio hasta Abydos y Antandros, sublevación que fué rápida y completamente dominada por tres columnas del ejército persa.

X.—LOS PERSAS SE ANEXIONAN LA MACEDONIA

Despues Otanes, con la escuadra lesbia, conquistó las islas de Lemnos é Imbros: Megabizo se adelantó por la costa septentrional del mar Egeo, hacia el Oeste, se apoderó de Dorisco, situada en la desembocadura del Hebrós, conquistó la comarca tracia hasta el Estrimon, y llegó hasta los límites orientales del reino griego de Macedonia. Los sucesores de Perdicas I, pertenecientes á la familia de los Argeadas, Argeo (desde 652), Filipo I (desde 621), Eropos I (desde 588) y Alcetas I (desde 568) habían sostenido con éxito su poder en incesantes y sangrientas luchas con los ilirios y con los macedonios lincésticos. El rey Amintas I (540 á 498) pudo pasar el Axios y extender la dominación macedónica al Oeste del Estrimon, gracias á la conquista de la comarca Anthemus, situada en la parte septentrional de la Calcidia. Este rey, sin embargo, vió llegar á los persas hasta los límites de su reino y en 512 tuvo que prestar juramento de fidelidad á Darío; á partir de esta fecha, si bien conservó su comarca, mas que como rey independiente, la gobernó como virey de los persas.

Esta extensión del reino persa hasta las gargantas del Olimpo, es decir, hasta los territorios griegos de Europa, facilitó desde entonces al gran rey la conquista de aquella Grecia europea, con la cual la posesión del Este del mar Egeo parecía convidar á un monarca que, como Darío I, comprendía perfectamente la importancia que daría á su reino la inclusión en él de los helenos. Antes de emprender la conquista de los países que se extendían entre el Olimpo y el Tanaro, procuró asegurar á los persas contra el peligro de que los griegos asiáticos encontrasen ocasión para unirse con sus her-

manos europeos y destruir de nuevo la soberanía de los Aqueménidas. Después de las precauciones y reflexiones, sin las cuales no se arriesgaba Darío a empresa alguna, envió en 511 ó 510 una expedición persa para que estudiase detenidamente las costas de la Grecia europea, y las de los itálicas y sicilíotas. Cuando él, á su vez, después de haber regresado Megabizo de la Tracia, se dirigió á Susa, confirió á su sabio y enérgico hermano Artafernes, la satrapía de Sardes, y se llevó consigo como consejero á Histio de Mileto, que en recompensa de sus servicios había obtenido permiso para fundar una colonia en Mircino, en el bajo Estrimón. Pero Megabizo, á su regreso á Sardes, hizo notar al rey que la favorable situación de aquel lugar permitía fácilmente á los milesios declararse independientes. Darío, para disuadir tal intento del ánimo del hiparca griego, á quien profesaba gran cariño, le tomó para su servicio personal y decidió á Histio, que ciertamente había abandonado su patria con disgusto, á que entregase el gobierno de Mileto á su yerno Aristágoras.

XI.—ÚLTIMOS AÑOS QUE PRECEDIERON AL ROMPIMIENTO DE LA GUERRA GRECO-PERSA

Darío dejó trascurrir muchos años sin poner su ejército en movimiento contra los griegos, á quienes causaron gran temor los trabajos que desde 510 hasta 502 se llevaban á cabo por orden del monarca persa. La inteligente organización dada por el gran rey á sus dominios; la construcción del inmenso camino militar entre Susa y Sardes, con sus correspondientes correos; la nueva división de las satrapías conforme con un nuevo sistema de impuestos, fueron las causas principales de que se aprovechó, en lo posible, la colosal fuerza de los Aqueménidas. Este temible poder se presentaba en condiciones muy poco favorables para el mundo griego de Europa: los persas se encontraban en el apogeo de la dinastía, del pueblo

y del ejército; en cuanto á la marina, disponía Darío de la de los fenicios, que sentían desde antiguo un profundo odio contra los griegos. Grecia se encontraba, por el contrario, destruida y dividida en frente de su enemigo cuya fuerza contaba con una extraordinaria unidad de dirección, mientras el vigor de los helenos se consumía en renovadas luchas intestinas. No era de esperar que se reuniesen en una sola las importantes fuerzas militares de los tesalios, beocios, atenienses y peloponesios. Estos últimos eran los únicos que se hallaban estrechamente unidos; mas para mal de todos, estaba entonces Esparta en lucha con la joven Atenas, que pugnaba por levantarse y fortalecerse. Y en efecto la feliz energía con que, según hemos visto, la democrática Atenas, en aquel tiempo, puso término á sus conmociones interiores, debía traer inmediatamente el rompimiento de la guerra persa.

Cuando en 505 el príncipe Hippias vió fallida la última esperanza de entronizarse de nuevo en Atenas con el auxilio de los espartanos, dirigióse á Sardes é hizo todos los esfuerzos posibles para determinar al virey Artafernes á que conquistase el Atica para los persas, y adornase de nuevo con su corona á la familia de los Pisistrátidas. Cuando los atenienses tuvieron noticia de esta intriga, enviaron, según parece poco antes de 501, embajadores á Sardes, que contrarrestasen las pretensiones de Hippias. Artafernes, que consideraba la precipitada promesa que en 507 ó 506 le hicieron los embajadores atenienses, como un tratado, y que miraba á los de Atenas como súbditos, declaróles que si él lo consideraba conveniente para su propio bien, deberían aceptar de nuevo é incondicionalmente á Hippias. Como esto, naturalmente, no era aceptable, desde aquel momento pudo considerarse declarada la guerra.

Tal era la situación general, cuando de pronto é inesperadamente estalló en el territorio persa la nueva y universal conflagración.

LIBRO SEGUNDO

DESDE EL PRINCIPIO DE LA GUERRA PERSA HASTA LA BATALLA DE MANTINEA

PRIMERA PARTE

Desde la insurrección de los jonios contra los persas hasta el principio de la guerra del Peloponeso

CAPÍTULO PRIMERO

LA GUERRA PERSA

- I. Guerra contra Naxos y sublevación de Aristágoras.—II. Levantamiento de los griegos asiáticos contra Persia.—III. Batalla de Lade. Completa sujeción de los griegos asiáticos.—IV. Primera expedición griega de Mardonio.—V. Guerra entre Esparta y Argos.—VI. Expedición de Datis y Artafernes á Grecia.—VII. Batalla de Maraton: victoria de los atenienses.—VIII. Planes marítimos de Temístocles. Lucha entre este y Aristides.—IX. Sicilia. Acragas. La tiranía de Gelon en Siracusa.—X. Preparativos de Grecia contra Jerjes y situación de los griegos.—XI. Cartago. Cartago enemiga de los sicilíotas.—XII. Poder militar de Jerjes.—XIII. Los griegos del Olimpo.—XIV. Los helenos en las Termópilas y en Artemision. Muerte de Leónidas y toma de las Termópilas.—XV. Retirada de la escuadra griega. Los persas en la Grecia central. Retirada de los atenienses á la escuadra.—XVI. Los griegos en Salamina. Combate naval de Salamina y sus consecuencias.—XVII. Regreso de Jerjes y de su escuadra al Asia.—XVIII. Sicilia. Victoria conseguida en Himera por Gelon contra los cartagineses.—XIX. Preparativos para la campaña del año 479. Mardonio en Atica.—XX. Los espartanos atraviesan el istmo. Batallas de Platea y de Micala. Consecuencias de esta última.

I.—GUERRA CONTRA NAXOS Y SUBLEVACION DE ARISTÁGORAS

Las luchas intestinas que sostenían los partidos políticos en la isla de Naxos, determinaron el conflicto que iba á surgir entre los helenos europeos y los Aqueménidas: la supremacía de las familias nobles restablecida por los espartanos después de haber destronado á Ligdamis en 524, no pudo sostenerse por mucho tiempo, pues á fines del siglo sexto se alzó ya amenazadora la democracia. Los nobles vencidos se dirigieron precipitadamente durante el otoño de 501 á Mileto: el príncipe Histio se había hecho su aliado, y su yerno Aristágoras, hombre inteligente y en extremo egoísta, procuró captarse las simpatías del gran rey, mientras preparaba una guerra contra Naxos, cuyas consecuencias debían ser el restablecimiento de la soberanía de los eupátridas en esta isla, dominada entonces por los persas, y la conquista para la Persia de las demás Cícladas. Aristágoras quiso, antes de llevar á cabo su empresa, asegurarse el auxilio de Artafernes; pues la isla de Naxos no dejaba de contar con 8,000 hoplites y con una importante escuadra. Los fugitivos naxios prometieron costear los gastos que la expedición pudiera ocasionar, y entonces el sátrapa, autorizado por el gran rey, dió orden á los griegos asiáticos para que aprestasen 200 buques, y confirió á su primo Megabates el mando del ejército pérsico de tierra. Las fuerzas de guerra, reunidas en Mileto, al comenzar la primavera del año 500, formando un conjunto de 50,000 hombres, debían, según el plan preconcebido, atacar impetuosa é inesperadamente la isla de Naxos, que se hallaba completamente descuidada. Pero mientras las naves esperaban en Chio un viento favorable para darse á la vela, surgió una disputa entre Aristágoras y Megabates acerca de

una cuestión de disciplina, cuya consecuencia fué apresurarse este último á comprometer al príncipe griego. Con perfidia oriental de la peor clase, puso en seguida en conocimiento de los naxios el peligro que les amenazaba, con lo cual se prepararon para la defensa; de modo que cuando el ejército milesio-persa se presentó por fin ante la isla, no pudo Aristágoras conseguir ventaja alguna, á pesar de un bloqueo de cuatro meses.

Cuando durante el otoño del año 500 regresó Aristágoras al puerto de Mileto, se encontró en la peor de las situaciones: desacreditado ante las cortes de Sardes y Susa, debió esperar que el pérfido Megabates le calumniara con éxito, atribuyéndole la exclusiva culpa del pasado desastre. Además, los gastos de la expedición, que corrieron de su cuenta, le arruinaron por completo, previendo probablemente entonces la pérdida de la Hiparquía, y quizá algo peor. En tal situación, pensó aquel tirano sin conciencia, ponerse en salvo, mientras decidía á los griegos á levantarse contra los persas. El plan que había concebido era sumamente atrevido. Los defectos de la administración persa se habían corregido bajo el sólido gobierno de Darío I, que atendió personalmente y de un modo especial al cuidado de los intereses materiales de los griegos, á los cuales profesaba grande estimación. En todo caso, solo los impuestos pudieron ser considerados con el tiempo hartos gravosos. Los griegos del Imperio, desde la nueva organización de las satrapías, se dividían en satrapía jónica y frigia: la primera comprendía la masa de helenos asiáticos que se extendía desde Sigeion hasta la Caria, y abrazaba, además, las comarcas de Caria, Licia y Panfilia; en la segunda, gobernada por un regente que residía en Dascileion, venían comprendidos en el conjunto principal de los